

mostraron mas disciplina; por lo demas, la guerra se sostenia con tropas mercenarias, de las cuales las mejores se sacaban de Suiza: gente venal, que si el sueldo se demoraba un poco, no querian obedecer, ó se apoderaban del general, y á veces le obligaban á dar una batalla en circunstancias desfavorables, ó á intentar empresas mal combinadas con solo la esperanza del saqueo.

Julio II, lleno de pensamientos belicosos, político hábil, dotado de una mirada previsora y segura, fomentó aquel frenesí de guerras é intrigas; y viendo que el papado habia descendido del sublime magisterio que desempeñaba en la edad média, para representar el papel de un principado terrestre, quiso á lo ménos darle elevacion, y durante diez años dominó á los fuertes, á la cabeza de un país débil, y dirigió los negocios de Europa. Disgustado de aquella soldadesca brutal que disponia á su antojo de la Italia, y ante la cual habia temblado Alejandro VI, concibió la noble idea de *libertar á la Italia de los Bárbaros*; pero la sacrificó varias veces á intereses secundarios, para los cuales llamó él mismo á los extranjeros á quienes queria arrojar de aquel territorio. Pensó primero en atraer la Romanía á su obediencia; pero los Venecianos, cuya ambicion se dirigió inconsideradamente hácia la tierra firme, habian ocupado á Rímmini y á Faenza, y se negaron á restituirlas, favoreciendo á los demas señores que luchaban con la Santa Sede. Disimuló Julio hasta el momento en que bien provisto de tropas, dinero y alianzas, precedido de entredichos y seguido de ejércitos, sitió en Perugia á Juan Pablo Baglioni, y dejando atras las tropas, entró solo en la ciudad con toda su corte. Baglioni, á quien no habian arredrado el parricidio ni el incesto, no se atrevió á mostrarse criminal de una manera grandiosa, y se dejó coger. En seguida Julio quitó la ciudad de Bolonia á Juan Bentivoglio; y sin cambiar los privilegios ni la administracion popular, confió el gobierno á un senado de cuarenta ciudadanos que ha durado hasta estos últimos tiempos.

1507. Habia sido ayudado el papa en aquella expedicion por Francia; pero concibió recelos de esta potencia cuando supo que enviaba un ejército á recobrar á Génova, y sobre todo, cuando se extendió un sordo rumor que anunciaba que Luis XII se proponia bajar á Italia, donde á la cabeza de un grande ejército, con el apoyo de ocho cardenales, y treinta entre obispos y arzobispos, tenia intencion de deponer á Julio II y sustituir en su lugar al cardenal de Amboise, que le coronaria emperador. Dirigióse entonces Julio á Maximiliano, y este que habia roto ya el tratado de Blois, concluido con Francia, y que ardía en deseos de poseer la corona imperial para trasmitirla á su hijo, convocó los Estados en Constanza, les mostró la ambicion de Luis, logrando conmovierlos con su elocuencia hasta derramar lágrimas; pero en vez de los treinta mil hombres que pedia, solo se le con-

cedieron doce mil, de los cuales apénas se presentaron la tercera parte y únicamente por seis meses. Entonces intimó á los Estados Italianos que le enviasen los hombres y subsidios que se acostumbraba suministrar en tales ocasiones; pero sus peticiones eran exorbitantes, propias de un emperador que no podia contar sino con recursos de fuera, y que necesitaba tomar á sueldo á los Suizos, ávidos de dinero. En su consecuencia, todos le ayudaron mal; ademas, los Venecianos, á instigacion de Francia, se le opusieron abiertamente, derrotaron sus primeros escuadrones, y le arrebataron los puertos del Adriático. Entonces Maximiliano, privado del socorro de los Suizos y de los Alemanes, retrocedió con la vergüenza que ordinariamente cabia á sus empresas.

CAPÍTULO V

Liga de Cambray.

Venecia sacó partido de aquella tregua. Habiendo salido con ventaja de la guerra contra los Turcos, sin que la destrozasen los diez años de hostilidades que asolaron la Italia, hubiera podido recobrar su esplendor y sostener la concurrencia con las naciones que, en virtud de los descubrimientos nuevos, verificaban una revolucion en el comercio y la marina; pero habiéndose extendido por tierra firme, y aprovechándose de los desastres de todos los príncipes italianos para aumentar sus posesiones, sin pararse en los medios de conseguirlo, se atrajo enemigos en todas partes. La primera liga formada por los príncipes europeos despues de las Cruzadas, debia ser dirigida contra ella por enemistades y consideraciones personales; fatal principio de un nuevo derecho público.

Luis XII habia cedido por un tratado la ciudad de Cremona y la Geradadda á los Venecianos, á quienes la conquista habia hecho ya dueños de Bérgamo y Brescia; pero luego, arrepentido, pretendia en su totalidad el ducado que le habia cabido en herencia. Maximiliano, como sucesor de los emperadores de Alemania, reclamaba á Padua, Verona y Vicenza, ciudades que Venecia poseía hácia tiempo; y como príncipe austriaco, tenia tambien pretensiones á Roveredo, Treviso y el Friul. La Santa Sede pedia á Rávena, Cervia, Faenza, Ímola, Rímmini y Cesena, territorios que los tiranos habian arrebatado á la Iglesia, César Borgia á los tiranos y los Venecianos á César Borgia. El rey de Nápoles exigia á Trani, Brindis, Otranto, Gallipoli, Mola y Polignano, dadas en prenda á los Venecianos por Fernando II. El duque de Saboya queria que le devolviesen á Chipre, cuyo título llevaba; las casas de Este y Gonzaga los territorios que habian dominado ántes. En fin, la Hungría pretendia las ciudades de la Dalmacia y la Esclavonia, pertenecientes en otro tiempo á su corona.

Era en realidad una sorda envidia de los reyes contra una república que no estando gobernada por el genio percedero del hombre, sino por la sabiduría inmortal del Senado, se habia elevado sin gastos de corte y en un reducido territorio á la categoría de las primeras potencias, y se atrevia á resistir á Roma, á impedir á los Franceses prevalecer en Lombardia, y á los emperadores á pasar los Alpes ruando les agradase (1).

Así, aunque no poseía con ménos legitimidad que las demas potencias, se pensó en dividirse su territorio, y ya Maximiliano y Luis habian combinado en Blois este punto. La ineptitud del uno y las ocupaciones del otro suspendieron el efecto del tratado; pero la última expedicion de Maximiliano, y la tregua á que se vió obligado, irritaron á aquel emperador, que vió con despecho á sus soldados alemanes llevados en triunfo por Alviano, general de la república. Por otra parte, aunque Luis XII tenia interes en conservar la amistad de los Venecianos, para retener el Milanésado, no le pareció bien que hubiesen concluido aquella tregua, en lugar de debilitarse mutuamente, como á él convenia; añadiéndose á esto que el cardenal Amboise creía que la tierra, que nunca pudo conseguir, se le habia escapado de las manos por la oposicion de Venecia.

1508. El resultado de aquellos odios particulares fué reunirse Margarita de Austria y el cardenal Amboise en Cambray, con el pretexto de pacificar á los Países Bajos, rebeldes á la autoridad del emperador, y de concertar una expedicion contra los Turcos, y celebrar allí una alianza europea contra Venecia, como usurpadora, tiránica, provocadora de discordias, y todo lo peor que se puede imputar á los que se aspira á destruir. Se convino en que el rey de Francia mandaria el ejército, y que Julio II, aquel mismo pontífice que queria emancipar á la Italia de los Bárbaros, le allanaria el camino por medio de entredichos; que Maximiliano arrojaría al fuego el *libro rojo*, en el cual anotaba las culpas de la Francia respecto de la casa de Austria, y que, en tregua ó no, intervendría como protector de la Iglesia; que cada pretendiente ocuparía su parte; que cada uno de los que habian temido á Venecia, le daría una estocada, reduciéndole de esta manera (decía el lugarteniente Chaumont) á no ocuparse mas que en la pesca.

Algo sospecharon los Venecianos; pero Luis XII les aseguró que no se habia estipulado nada en perjuicio suyo, y que el rey católico no habia tomado parte mas que en las negociaciones contra los Turcos. Sin embargo, el

(1) La baja envidia que excitaba á las potencias se deja ver en el discurso del ministro francés, dirigido á la Dieta Germánica. « Nosotros no vestimos púrpura preciosa; nuestras mesas no ostentan vajillas de oro y plata; nuestros cofres no están llenos de oro... Ciertamente, si es impropio de príncipes convertirse en mercaderes, aun es mas impropio de mercaderes elevarse á la condicion de príncipes. »

cardenal de Amboise dió prisa á la expedicion con su natural actividad, para no dejar tiempo á reflexionar, y él mismo, gotoso como estaba, atravesó los Alpes en litera. Ya habia comenzado la guerra junto al Adda, cuando fué declarada al dux Loredano y á todos los ciudadanos, « hombres infieles y usurpadores violentos. » Lanzó el papa el entredicho contra Venecia, comprendiendo en él á las autoridades, á los ciudadanos y á todo el que diera refugio á un Veneciano, debiendo ser considerados todos como enemigos del nombre cristiano, y ser esclavos del que se apoderase de ellos.

Venecia se encontrábase expuesta á aquel furor sola y en el momento en que graves accidentes empeoraban aun su posicion; pues como si no bastase que sus rentas estuviesen arruinadas por la pérdida del monopolio de los géneros de la India, y por la guerra contra Carlos VIII, se prendió fuego al polvorin próximo al arsenal, el rayo derribó la ciudadela de Brescia, 10,000 ducados enviados á Rávena naufragaron, y un incendio devoró los archivos. La prudencia de los padres de la patria se manifestó en medio de tantos desastres, dando el mejor destino posible á las riquezas que habian logrado reunir.

Venecia, recelosa, confiaba el mando á extranjeros y nunca á nobles de su seno. Hacía mucho tiempo que estaban allí en uso las *milicias provinciales*, debiendo los proveedores en sus respectivas provincias formar una lista de todos los hombres aptos para el servicio, fuese en clase de combatientes, de zapadores ó de conductores de los trenes: y se les pasaba revista una ó dos veces al mes, llamándolos á las armas en caso necesario. En 1490, llevó allí arcabuceros, y los diseminó por el territorio á fin de que adiestrasen á la juventud en aquella nueva arma, estableciendo ejercicios de fuego y premios. Seguian á las milicias provinciales los *partidarios*, especie de infantería ligera. Á los prudentes de segunda clase, incumbía velar sobre la milicia terrestre, y siempre iban en el ejército dos proveedores como consejo y freno del general.

De este modo se opuso á la Liga, y tambien sirviéndose de bandas asalariadas; y aunque el papa detuvo á los capitanes de la Romanía comprometidos con Venecia por los tratados, esta pudo reunir á orillas del Oglio un ejército de dos mil cien lanzas, mil quinientos soldados de caballería ligera italiana, y mil ochocientos de caballería griega, mil ochocientos infantes, y doce mil milicianos. Los mandaban Nicolas de los Orsini, conde de Pitigliano, y el gobernador Bartolomé de Alviano, dos de las mejores espadas de la época. Pero incapaz la Señoría de abandonar sus recelosas desconfianzas, ni aun en las circunstancias mas críticas, ponía trabas á los movimientos de los generales. Llevaron la guerra á la Geradadda; y hubiera sido una suerte para ellos aguardar

1509.
27 abril.

Batalla
de Agna-
dello.14 de
mayo.

a que los Franceses desfogasen el primer ardor que los hace mas que hombres, al paso que se convierten luego en ménos que mujeres. Pero en lugar de obrar de esta manera, aceptaron la batalla en Agnadello. Luis XII gritaba: « Que los que tengan miedo se coloquen detrás de mi. » Viendo La Tremouille que los suyos cedían, exclamó: « ¡ Muchachos, el rey os ve! » Los Italianos, á pesar de todo el valor que desplegaron, acabaron por sucumbir, y el mismo Bartolomé fué hecho prisionero: inmediatamente Caravaggio y Bérgamo se rindieron, despues Brescia, Crema, Cremona, Pizzighettone y la misma Pescara. Los aliados de Francia, que habian titubeado hasta entónces en declararse, acudieron cuando la victoria no era dudosa, y Mantua, Ferrara, los Españoles y los pontificios se apresuraron á porfia á arrancar cada uno un pedazo de la república. Cuando llegó Luis XII á Fusine, mandó disparar de quinientas á seiscientas balas contra Venecia, « para que se pudiese decir en lo futuro que el rey de Francia habia bombardeado la indomable ciudad. » (BRANTOME.)

Esta pareció próxima á perecer, y el desaliento invadió los ánimos. « Vese á los proveedores, abatidos, atacados de cierto letargo, bostezar cien veces al día y estirar los miembros, como si estuviesen amenazados de la fiebre; y no conservando ya la habitual altivez de su alta posición, se muestran en extremo humildes y familiares con personas indignas de semejante familiaridad. No se sabe en este apuro cómo remediar tamañas adversidades; hasta tal punto se halla abatida la ciudad y aterrado y confuso el gobierno. Algunos nobles venecianos me han dicho ya, abrazándome y llorando: « Querido Porto, no seréis en adelante de los nuestros. » Y queriendo tributarles el acostumbrado respeto, me dijeron: « No hagáis tal, pues todos somos compañeros en un mismo poder é iguales. » La fortuna los habia puesto en el caso de no atreverse á considerarse señores ni á llamar serenísimo á su dux. Otros, de mayor categoría aun, van con frente abatida por la triste ciudad interrumpiendo á cada instante su paso, que es unas veces apresurado, otras lento; ya abrazan á este, ya á aquel; dispensan algunas acogidas desproporcionadas, y acarician á la gente; todo lo cual prueba, no amor, sino temor desmesurado. Efectivamente, toda Venecia en diez días ha cambiado de aspecto, convirtiéndose de alegre en angustiadísima; y además de que muchas mujeres han renunciado á llevar sus soberbios trajes, ya no se oye durante la noche en las plazas y los rios ninguna clase de instrumentos, cuando tanta abundancia de ellos suele divertir en tal estación á los habitantes de esta ciudad. Los Venecianos están tan poco acostumbrados á semejantes golpes, que temen perder hasta la misma Venecia; no calculando su inexpugnable si-

tuacion, muchos que tienen naves las aprehen mas que ántes, y otros que carecen de ellas, hablan de adquirirlas, quizá para hacer lo que se dice ejecutó Eneas. Tan grande es el temor que se ha apoderado de sus razones (1). »

Y habia motivo para ello. El tesoro se hallaba exhausto, no habia ejércitos, y era indispensable aprontar una escuadra que oponer á la que los Franceses armaban en Génova. Además, en lo interior gran número de nobles, excluidos de los empleos, y multitud de extranjeros urdian conspiraciones; las ciudades de tierra firme, donde renacian las facciones de los Güelfos y de los Gibelinos, se apresuraban á libertarse del saqueo con una pronta capitulación, y muchos capitanes abandonaban al leon de San Marcos (2).

No desesperó sin embargo el Senado. Ocupándose en llenar las arcas con ayuda de empréstitos y ofrendas patrióticas, pensó en fortificar y abastecer á Venecia, absolvió á los súbditos de tierra firme de su juramento de fidelidad, permitiéndoles tratar con el enemigo segun acomodase á sus intereses, con orden á los capitanes de evacuar las plazas y replegarse. Venecia, mas que de aquellas tropas desanimadas, esperaba del tiempo, de la práctica y de la experiencia fatal de las poblaciones; persuadida de que tan diversos elementos no podrian permanecer mucho tiempo unidos. Por lo mismo se despojaba casi voluntariamente de cuanto excitaba la envidia de los demas, como aquel que arroja su bolsa al saltador que le persigue. Las ciudades que habian maldecido su soberanía, viéndose precisadas á sufrir los rigores de un sitio, le echaron de ménos desde que experimentaron un yugo mayor (3). Resultaba gran daño para los pe-

(1) *Lettere storiche de Luis de Porto.*

(2) Mayo 17 de 1509. « Era la época de la Sensa, pero todo el mundo lloraba; no acudió á la feria casi ningun forastero; no se veía á nadie en la plaza: los padres del colegio estaban desesperados y mas nuestro dux, que no hablaba y estaba triste y como muerto. Se propuso por todos, como último recurso, enviar al dux á Verona, para alentar á los nuestros y á la gente, y auxiliarlos de cerca, el cual llevaria en su compañía y á sus expensas quinientos nobles. Pero aunque se hablaba de ello en la plaza y en los bancos del Senado, los individuos del colegio no quisieron tomar parte, ni el dux se ofreció á ir. Se decía á sus hijos, y estos contestaban: *El dux hará lo que quiera la ciudad.* Sin embargo, está mas muerto que vivo... Son días malos; vemos nuestra ruina y nadie pone á ella remedio. Pluguiera á Dios que se hubiese adoptado la medida que yo propuse para el caso de que entrase Savio en las órdenes, lo cual no verificó, y me arrepiento de haberle disuadido de verificarlo, á saber: mandar á tomar cinco ó seis mil Turcos, y enviar un secretario ó embajador al gran señor; mas ya es tarde. Se duda que haya viveres en esta ciudad, por lo cual conviene pensar en mandar por trigo y aumentar la escuadra, á fin de que la vía marítima quede abierta; por último, es necesario armar algunas galeras ligeras. » MARIN SANCTO.

(3) Los Alemanes propenden á robar y saquear el país, y se ven y sienten cosas admirables y sin ejemplo; de manera que en el ánimo de estos campesinos se ha despertado tal deseo de morir y vengarse, que se han vuelto mas obstinados y furiosos contra los enemigos de los Venecianos que lo que eran los Judíos contra los Romanos: diariamente sucede que uno de ellos, reducido á prisión, se deja matar por no negar el nombre veneciano. En la tarde de ayer

7 se-
tiembre.

1509.

queños mercaderes con la interrupcion de las relaciones comerciales entre las provincias y la metrópoli; de tal modo que no bien dejó de temerse á San Marcos, cuando todos desearon la restauracion de su poder.

Los nobles venecianos que hasta aquel momento no habian peleado sino en el mar, fueron entónces á unirse al ejército de tierra, y seiscientos catorce caballeros levantaron tropas á sus expensas: el mismo Bayaceto habia ofrecido socorros á Venecia; pero esta no quiso á los Turcos por auxiliares. Habiendo llegado Antonio Justiniani, al traves de los peligros mas graves, á presentarse á Maximiliano, procuró convencerle con palabras de sumision y con promesas; pero aquel príncipe, que hasta entónces no habia hecho nada, se empeñaba en la completa destruccion de Venecia, queriendo que la misma ciudad fuese ocupada y dividida en cuatro jurisdicciones entre las cuatro potencias aliadas. Por lo demas, se daba importancia de gran político, no revelando sus proyectos á nadie, y de gran guerrero, conduciendo sus tropas acá y allá en los países que habia recobrado, merced á los ajenos esfuerzos.

Pero Vicenza, imperial como era, y la misma Padua, cuya nobleza se habia levantado en favor del César, se indignaron de permanecer bajo el dominio de una nacion distante y extraña (1), que imponia á sus caros súbditos intolerables contribuciones por las guerras pasadas y futuras, y cuyas maneras toscas y soldadescas contrastaban con la afabilidad italiana. Levantó, pues, Padua el estandarte del leon, lo que fué un primer paso hácia el restablecimiento de los negocios de la república. Acudió Maximiliano con un ejército sin orden y sin obediencia, que dejaba tras si horribles huellas y llevaba hasta perros enseñados á coger y destrozar á los hombres. Seiscientos Vicentinos refugiados en una gruta llamada el Covolo de Masano fueron sofocados allí. Despues Maximiliano sitió á Padua (2) al frente de cien mil soldados entre

compareció uno ante este obispo (de Trento, gobernador de Verona en nombre de Maximiliano), que dijo era de la Marca, añadiendo que como tal queria morir, y que perdiendo aquel carácter aborrecia la vida. En vista de esto el obispo le mandó ahorcar, y ni promesas de salvarle ni otra ninguna le pudieron hacer renunciar á aquella opinion. De suerte que, bien considerado todo, es imposible que los reyes conserven esta comarca viviendo estos aldeanos, » MAQUIAVELO, *Legaz, á Mantova.*

(1) Véanse las *Cartas de Luis de Porto.*

(2) Este sitio se halla descrito extensamente en la *Histoire du bon chevalier*, es decir, Bayardo: « Desja estoit bruiet par tout le camp, que l'on donneroit l'assault á la ville sur le midy, ou peu après. Lors eussiez veu une chose merveilleuse; car les prestres estoient retenus á poix d'or á confesser, pour ce que chascun se vouloit mestre en bon estat; et y avoit plusieurs gens d'armes qui leur bailloient leur bourse á garder; et pour cela ne fault faire nulle donete que messeigneurs les curez n'eussent bien voulu que ceulx dont ilz avoient l'argent en garde, feussent demourez á l'assault. D'une chose veulx bien adviser ceulx qui lysent ceste histoire: que cinq cens ans avant qu'en camp de prince ne fut veu autant d'argent qu'il en avoit là; et n'estoit jour qu'il ne se desrobast trois ou quatre cens lansquenetz qui emmenoient beufz et vaches en Allemagne, lietz, hleds, soyez á filer, et autres ustensilles: de sorte que audit Padouan fut porté demore de deux millions d'escus,

T. V.

Alemanes y Franceses, pagados con el fruto del saqueo y sostenidos por la esperanza de un botin mas rico; habia además una artillería de doscientos cañones, de tan grueso calibre que algunos no podian montarse. Él mismo peleó con valor; pero ignoraba la constancia y no podia satisfacer á la par las pretensiones de sus caballeros y de los Franceses. Un día ordenó á La Palisse que sus hombres de armas echasen pié á tierra para subir á la brecha con los lasquetetes; pero Bayardo, sin miedo y sin tacha, hizo esta reflexion: « ¿ Es justo que bajen de sus caballos tantos nobles para ponerlos en peligro con soldados de á pié, hereros, panaderos, gente obrera que no estiman el honor como las personas bien nacidas? » El emperador tiene bastantes condes, señores y caballeros de Alemania; que echen estos pié á tierra con los hombres de armas de Francia, y gustosos mostrarán el camino: los lasquetetes los seguirán. Los caballeros alemanes no querian tampoco exponerse en medio de la gente de á pié, de modo que Maximiliano se vió obligado á retirarse. Así, aunque la escuadra veneciana que sitiaba á Ferrara habia sido destruida en Polisella, y el conde de Pitigliano, alma de aquella guerra, habia muerto, las cosas tomaron mejor sesgo.

1510

En efecto, los manejos de los Venecianos habian logrado sacar mas ventaja con los demas aliados. Habiendo recobrado el rey Luis XII todo lo que le asignaba el tratado de Cambray, pensaba abandonar la Italia, donde hubiera visto con sentimiento consolidar su poder al Austria. Fernando no tuvo motivos de enemistad desde el momento en que se le entregaron las ciudades que se habian conservado en rehenes en la costa napolitana. Opúsose, pues, á que se atacase á Venecia, diciendo que no se habian aliado mas que para quitarle las posesiones de tierra firme; pero, en realidad, deseaba que la guerra se prolongase con el objeto de que no fuera posible á Maximiliano mezclarse en la tutela de su sobrino Carlos. La república ofreció al papa todo lo que tenia en la Romanía, con tal que le diese la absolucion, y Julio II se prestó á conciliar las diferencias, y levantó el entredicho (1). Queriendo despues gobernar y no ser gobernado, volvió al proyecto que solo la venganza le habia hecho

« tant qu'en meubles, qu'en maisons: et palais brulez et detruiz. »

(1) « Antonio Grimani habia sido vencido en Lepanto, y la república le condenó á llevar grillos. Su hijo Vicente no quiso que otro le tocara y él mismo se los puso, no volviendo á separarse de su lado. Despues de cumplir el tiempo de la prisión, fué privado de su dignidad y desterrado; pero Antonio huyó del punto de su destierro y se refugió en Roma junto á su hijo, que era cardenal. Allí, no cesando nunca de amar á su ingrata patria, trabajó con ardor á fin de alejar á Julio II de la fatal liga. Venecia arrepentida le devolvió la patria y los honores, y le eligió dux á la edad de ochenta y cinco años (1521.) Al verificarse la inauguracion, se arrojó, y quitándose la gorra, se encomendó á Dios para que le guiase en la difícil senda. Un día, mientras subia al bucentauro, dijo: *Aquí mismo me fueron puestos los grillos, y ahora soy dux.* Vicente no dejó ya nunca el vestido de luto. » M. SAMEDO, *Diary manoscritti.*

3

abandonar, de libertar á la Italia de los Bárbaros. Como despreciaba á Maximiliano y temía al rey cristianísimo, trató de perjudicar á este último, y solicitó contra él la ayuda de Enrique VIII, nuevo rey de Inglaterra; pero no pudo conseguirla. Reclamó para la cámara apostólica los once millones que el cardenal de Amboise habia dejado al morir como procedentes de beneficios eclesiásticos; dió á Fernando la investidura de las Dos Sicilias, sin consideración á las pretensiones de Francia; dirigió despues sus miradas hácia las montañas de la Suiza, donde están acumulados el valor y la nieve, y desde donde caen sobre la Lombardia el alud y los mercenarios; y con Matías Scheiner, obispo de Sion, á quien hizo cardenal, contrató seis mil soldados para defender á la Iglesia de cualquier enemigo que fuese.

1505-34. Hércules de Este, que engrandeció á Ferrara y acogió allí á los literatos, habia estado en guerra con Venecia por las salinas de Cervia que habia abierto. Su hijo Alfonso se habia casado con Lucrecia Borgia, á fin de que el papa Alejandro VI redujese á 100 los 1,000 ducados que aquellos príncipes pagaban á la Iglesia. Despues entró en la liga de Cambray; pero como permanecía fiel á la alianza francesa, Julio le armó pleito sobre aquellas mismas salinas, le declaró excomulgado y depuesto, y de repente dió principio á las hostilidades. Él mismo marchaba á la cabeza de las tropas contra el duque de Este, impaciente de toda dilación, exponiéndose, aunque octogenario, á la nieve y al fuego, y dirigiendo las baterías contra La Mirandola, por cuya brecha entró repitiendo: *¡Ferrara, Ferrara, cuerpo de Dios, no te escaparás!* Pero Alfonso no se dejó intimidar: empeñó sus alhajas y las de su mujer para no gravar al pueblo, y se sostuvo con moderación contra el papa, que sin embargo no se apaciguó nunca.

Mayo. Julio procuraba al mismo tiempo sublevar á Génova contra los Franceses, que precisados á llegar á las manos, volvieron á tomar á Bolonia, y dispersaron las tropas del pontífice. Reunidos los prelados franceses en Tours, autorizaron á Luis XII para que rechazase con las armas los ataques del jefe de la religion, y apelaron de sus entredichos al concilio general. Encendióse, pues, la guerra; pero como se dirigia contra el poder eclesiástico, muchas personas tenian escrúpulo, sobre todo la reina; y en su consecuencia, el cardenal Trivulzio no podia obrar con seguridad. El mismo Luis pidió perdón al papa contra quien peleaba; pero no logrando calmarle, convocó un concilio para declarar nula su eleccion, é hizo acuñar una medalla con esta inscripcion: *Perdam Babylonis nomen.*

Despues del concilio de Basilea, en toda Alemania se oían quejas contra Roma, contra la ignorancia y avaricia de los legados y prelados, contra la venta de las indulgencias, las anatemas y las expectativas. Por tanto, el emperador,

como protector de la Iglesia, convocó un nuevo sínodo en Pisa, bajo la protección de los Florentinos, que debilitados con la última guerra, habian permanecido neutrales, aunque se inclinaban á la Francia. Julio II se puso furioso al ver ultrajada en su persona aquella dignidad, de la cual habia tenido tan elevada idea: y el entredicho que fulminó, hizo que pocos prelados se reunieran, y que estos fuesen ultrajados por el pueblo, tanto en Pisa como en Milan, adonde se trasladaron despues.

Aquel singular pontífice, tan superior á las consideraciones personales como á los intereses de familia, no sabia ceder en nada de lo que creía ventajoso á la Santa Sede. Habiendo obtenido satisfacción de los Venecianos, encontraba imperdonable que otros persistiesen en una guerra provocada por él con aquel objeto. Organizó, pues, una liga, que se llamó *Santa*, porque se dirigia á impedir el cisma y restituir la ciudad de Bolonia á San Pedro: en aquella liga entraron Venecia, el rey Fernando, que esperaba encontrar de este modo ocasion para adquirir la Navarra Española, y además el rey de Inglaterra, que contaba recobrar la Guiana. Los Suizos, á quienes Luis XII habia irritado, diciendo que no queria asalarlar por mas tiempo á gente rústica, acudieron hasta las puertas de Milan, saqueando el país. Continuaba el Friul siendo asolado por las bandas imperiales. Irritado el papa contra Florencia á causa del concilio, se empeñó en derrocar al gonfalonero Soderini y al partido popular, y dejó que el cardenal de Médicis, su legado, intrigase para el restablecimiento de su familia.

Los confederados tenian á su cabeza al Catalan Raimundo de Cardona, virey de Nápoles, y á sus órdenes á generales de gran reputación, tales como Pedro Navarro y Fabricio Colonna; el ejército pontificio obedecia al legado Juan de Médicis, á cuyas órdenes estaban Marco Antonio Colonna, Juan Vitelli, Malatesta, Boglioni y Rafael de los Pazzi, capitanes de los mas afamados. Prosperaban las armas francesas bajo el mando de Gaston de Foix, duque de Nemours, gran capitán casi ántes de haber sido soldado, héroe para los Franceses y azote para los Italianos, que á la edad de veintitres años ganó en tres meses cuatro batallas, y que en honor de su dama no llevaba coraza sino la camisa por fuera, desde el codo hasta la manopla.

Bolonia fué defendida; pero habiéndose rebelado Brescia, cansada de las vejaciones de los Franceses, y destrozada por los bandos de los Gambara y los Avogadro, se rebelaron con ella los países vecinos, y por lo tanto aquellos la atacaron. Los naturales se defendieron con un valor admirable, é hirieron al caballero Bayardo en la brecha. Entonces los Franceses determinaron vengarle, y habiendo entrado en la ciudad, la saquearon é inundaron de sangre, sufriendo los valientes el suplicio de los traidores. Bayardo fué conducido á una casa, cuya

señora se postró ante él, ofreciéndole cuanto poseía, con tal que salvase su honor y el de sus dos hijas; él se lo prometió, añadiendo que era una persona de noble condicion, incapaz de causarle ningun perjuicio. Aquella señora le dispensó durante su larga enfermedad todo género de cuidados, en agradecimiento de los insultos que él le ahorraba; y cuando Bayardo, ya curado, iba á ponerse en marcha, la noble dama le ofreció una cajita llena de dinero, como precio del rescate que él podia exigirle por no haber saqueado la casa, ni violado á las mujeres que la habitaban: ¡tales eran las relaciones de la Italia con sus vencedores! Pero Bayardo, sabedor de que contenia 2,500 ducados de oro, le dijo que llamase á las dos jóvenes, ambas hermosas y bien educadas, las cuales mientras duró la enfermedad del buen caballero, le habian divertido cantando, leyendo y tocando el laud y la espineta; en seguida, despues de manifestarle su gratitud por tan delicadas atenciones, puso mil ducados en el delantal de cada una, y el resto lo repartió entre los pobres monjes de la ciudad, que habian sido víctimas del saqueo. Aquellas mujeres, llorando y dándole gracias, le regalaron dos brazaletes y un bolsillo trabajado por ellas; luego se despidieron del caballero, deseándole las mayores felicidades.

Se estimó en 3.000,000 de escudos (72.000,000 de francos) el botin cogido á la infeliz Brescia (1), y muchos Franceses, que merced á él se riquiecieron, solo pensaron en restituirse á sus casas. Este resultado hizo desastrosa aquella victoria.

11 de abril. Aun fué mas funesta la sangrienta batalla de Rávena, en que pereció Gaston de Foix. La mayor parte de los Franceses, huyeron en cuanto su jefe fué muerto; aunque ya doce mil Españoles yacian en el campo de batalla, é ilustres personajes, tales como el marques de Pescara, Fabricio Colonna, Pedro Navarro y el mismo legado de los Médicis habian caido prisioneros. Luis XII contestó á los que le felicitaban: « Desead semejantes victorias á mis enemigos. »

Los caballeros estaban acostumbrados hácia tiempo á pelear con poco riesgo de su vida; cubiertos de hierro, juntamente con su caballo; y ejercitándose en el uso de las armas desde sus primeros años, se encontraban superiores sin comparacion á la multitud de los villanos que les atacaban á pié y con picas. Si

(1) Juan Jacobo Martinengo, uno de los que mostraron mas ardor en la sublevacion de Brescia, dejó un relato de ella, donde se leen las siguientes palabras: « Ahora, queridísimos hijos míos y descendientes, os recomiendo, por la obediencia á que estáis obligados respecto de mi persona, que en ningun tiempo imitéis mi conducta en este particular, poniendo la vida y la hacienda al servicio de los reyes; pues obrando así, hay mucho que perder y poco que ganar; en atencion á que los príncipes son remuneradores liberalísimos mientras se trata de palabras; pero en llegando á los hechos, sucede todo lo contrario. Si no atendiereis á lo que os digo, lo sentiréis ántes de mucho. »

alguna vez estos, merced al número, lograban vencerlos, aun despues de derribarlos no les daban muerte, contentándose con un grueso rescate. Ahora bien, las armas de fuego introducian en esto un gran cambio, y si bien eran aun imperfectas, la bala de un cañon y la honda de un plebeyo podian herir al primer héroe ó á un hijo de Francia. Los Italianos empleaban ya las piezas de artillería; pero en mucha cantidad y ligeras, parece no se conocieron hasta la expedicion de Carlos VIII. En la batalla de Fornovo sirvieron muy particularmente á este príncipe para rechazar á los Estradiotas, y el terror causado por ellas salvó la vanguardia francesa. El cañon se empleó con mas utilidad que nunca en la batalla de Rávena, una de las pocas en que la táctica influyó mas que el valor personal, y algunas culebrinas puestas delante acertadamente, por consejo de Bayardo, dispersaron á los hombres de armas de Fabricio Colonna, matando, si creemos al cronista, hasta treinta y tres de un solo tiro. En la batalla de Mariñan, todos los esfuerzos de los Suizos se dirigieron contra la artillería francesa, que protegía á los lasquetetes y á los hombres de armas. En la de Pavia, Francisco I, habiéndose adelantado demasiado, fué causa de que sus cañones supudiesen el fuego para no herirle, ocasionando de este modo la derrota de su ejército. Pero en general, las armas de fuego se mejoraron poco en aquellas guerras, que se cuidaban mas de sitios, astucias, sorpresas de todas clases, que de dar batallas y asegurar la victoria. Además de la imperfeccion de los nuevos instrumentos, los caballeros despreciaban altamente las bocas de fuego, juzgándolas armas propias de cobardes, que acababan con el verdadero valor. Así opinaba naturalmente Bayardo, pues veía á sus mejores héroes heridos por ellas, ignorando quién fuese el agresor: esto hacia que no diese cuartel á ninguno de los que caian en sus manos, provistos de tales armas.

La Palisse, que reemplazó á Gaston en el mando, no tenia ni la misma rapidez ni la misma habilidad guerrera, y no inspiraba tampoco á los soldados aquella confianza, que es la mitad de la victoria. Entretanto el legado prisionero era recibido en Milan con respeto, y los soldados se apiñaban en su derredor para obtener la absolucion, prometiendo no volver á pelear contra la Iglesia. La convocatoria del concilio de Letran por el papa hacia el cisma mas inevitable que nunca; el rey de Inglaterra amenazaba las costas de Francia; una partida de Suizos entró en Lombardia proclamando á Maximiliano Esforcia, hijo de Luis el Moro, que los potentes se alegraron de ver duque, porque excluía á los extranjeros. Pero para recobrar el ducado, tuvo que desmembrarle, y además de los enormes impuestos exigidos por los Suizos, los tres cantones montañeses conservaron á